Narraciones populares

E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars y su fiel escudero Flor de Truhanes”

II - FLOR DE TRUHANES DEL CAIRO

27 – El *sabîl*

Edición y traducción: Esmeralda de Luis

Archivo de la frontera

Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales

Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

II - Flor de Truhanes del Cairo

27 – El *sabîl*

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 03-11-2017
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

27 – El sabîl[1]

En el relato anterior, Baïbars encuentra encadenado y preso, en los sótanos de la azucarera, a su antiguo responsable, el bueno del Hâŷ Mohammad, que le cuenta su triste historia y de cómo Abu Watfeh le había traicionado y encerrado allí…

Un buen día en que Baîbars estaba sentado a la puerta de la azucarera, notó que justo contra el muro de afuera había una especie de abrevadero de piedra negra, del tipo de los que se suelen ver en los hamam; por encima se podían apreciar las trazas de una conducción de agua que habría servido para llenarlo, pero que ahora estaba obstruida. Baïbars, intrigado, se preguntó para qué podría haber servido ese pilón, y le preguntó a Otmân.

- No tengo ni idea de qué será eso, soldao. Mejor, pregúntale al Hâŷ Mohammad, es el más antiguo de por aquí y seguro que él lo sabe.

De modo que Baïbars hizo venir al Hâŷ Mohammad.

- Padre mío –le dijo-, ¿para qué sirve ese pilón que hay a la puerta? Seguro que hubo una razón para colocarlo ahí.

- Desde luego, que Dios te conceda larga vida, soldado. ¡Ay que ver, por el Profeta, bien se puede decir que tienes mil ojos! Yo sé por qué se puso eso ahí, pues soy el más antiguo de esta azucarera, y antes que yo estuvieron aquí mi padre y mi abuelo, y toda nuestra familia, pues éste fue siempre nuestro oficio. Ay, soldado, si no fuera por la gente generosa, los desfavorecidos morirían; pero la causa de toda esta historia es la siguiente:

> ¡En otros tiempos hubo gente de bien, mientras que ahora, ya ves, si encuentras uno, es porque se ha despistado! Aquella buena gente daba siempre puntualmente los diezmos sobre todos sus bienes para limosnas, y proveían a los pobres para su sustento; mientra que ahora, ¡cuando prestan su gato, hacen siete certificados por miedo a que se lo vendan! Pues sí, soldado, en otro tiempo, el intendente de la azucarera hizo un *sabîl* de agua de azúcar para que todos los que pasaran por allí bebieran, y esa fuente era el *sabîl* de la azucarera. En lugar de ese caño atascado, ahí, en lo alto, había un grifo, y un cuenco de cobre dorado, sujeto con una cadena. Todas los días, a primera hora, desde bien temprano, se colocaba el cuenco, que se retiraba por las tardes. En el interior de la azucarera, había un depósito de tierra porosa que todas las mañanas los obreros llenaban de agua de azúcar, la que salía por el grifo. Los que pasaban por aquí, cogían el cuenco, lo llenaban y bebían; luego recitaban la *Fâtiha* y seguían su camino. En aquellos tiempos la gente no era tan interesada como ahora; cuando bebían un cuenco, no repetían con un

[1] "La fuente pública".

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

segundo, aunque tuvieran sed. Y además, no todo el mundo bebía de aquí, quiero decir los ricos; esto sólo se reservaba para los pobres y los indigentes que no tenían oficio ni beneficio y que eran ya muy viejos o estaban demasiado débiles para trabajar. ¡Y buenos beneficios que proporcionó esta fuente! Porque el buen Dios enviaba su bendición sobre el azúcar, y nadie de los que arrendaron esta azucarera salieron jamás sin sacar sus buenas ganancias. Pero hoy en día no queda ya nada de eso; como dice el poeta:

No digas "cuánto han cambiado los tiempos",
Pues ¡qué es el tiempo sino el fluir de los astros
y las esferas de los cielos rotando sin parar!;
ya que, salvo el corazón de los hombres,
nada ha cambiado.

- No digas eso –dijo Baïbars-. De hecho, por más generosos que sean los hombres, la generosidad en sí misma es una virtud mayor que el propio hombre que la posee. Además, de la generosidad a la avaricia, no hay más que un paso, porque, por muy generoso y hospitalario que se sea, jamás se agota la subsistencia que Dios nos envía. ¡Gloria a Aquel que ha dado sustento a todos los pueblos! No ha creado una sola boca sin enviarla de qué mantenerse. Y en lo relativo a lo temporal y a los hombres, pues toda bondad se halla en Muhammad y en la Comunidad de Muhammad hasta el día de la Resurrección. ¡Pero, por la vida de nuestro señor el sultán, que yo he de restablecer esa obra pía!

Y dicho y hecho; hizo venir a unos obreros para hacer un nuevo depósito; ordenó fabricar un cuenco y una cadena de plata, mandó colocar un grifo y devolvió esa piadosa costumbre, diciendo:

- Esto se ha hecho gracias a los recursos que Dios nos otorga por el alma de la Comunidad de Muhammad.

Y los pobres venían a beber, implorando la bendición de Dios para Baïbars.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

FIN

Próximo episodio...

28 – La derrota de los hijos del desierto

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6